

Vine extraño zagal á estas riberas,
 Cuando mi barba del naciente bozo
 Apenas se cubria; y en las ramas
 De los menores árboles los nidos
 Pudo alcanzar mi terneza mano,
 De los dulces pintados colorines.
 Aquí á sonar mi caramillo alegre
 Me enseñó amor, y el inocente pecho
 Palpitando sentí la vez primera.
 Aquí le vi temer, y á la esperanza
 Crédulo dilatarse, cual fragantes
 A los sopillos del favonio tienden
 Sus tiernas galas las pintadas flores,
 Cuando en Mayo benigno el sol les ríe.
 Con planta incierta discurriendo ocioso,
 En inocencia y paz, libre y seguro
 Cantar me oísteis, y volver mis trinos
 Parlero el monte en agradable juego.
 Llevar me visteis mi feliz ganado
 Del valle al soto, y desde el soto al río,
 Bañado en gozo, cuando el sol hería
 Mi leda faz con su naciente llama,
 En dulce caramillo y voz suave
 Su lumbré celebraba y mi ventura.
 Mis ovejillas del caliente aprisco
 Saltando huían con balido alegre,
 Seguidas de sus cándidos hijuelos,
 Al conocido valle, do seguras
 Se derramaban; y ladrando en torno
 Mi perro fiel con ellas retozaba.
 Otros zagales á los mismos pastos
 Sus corderos solícitos traían,
 A par brindados de la hierba y flores;
 Y juntos, bajo el álamo que cubre
 Con sombra amiga y susurrantes hojas
 La clara fuente, en pastoriles juegos
 Nos viera el sol en su dorado giro.
 Perder contentos las ardientes horas,
 Que en torno de él fugaces revolaban.
 Víonos la noche y el brillante coro
 De sus luceros repetir los juegos
 Entre las sombras del callado bosque;
 Y á mí embargado en contemplar el giro
 De tanta luz, ó la voluble rueda
 Con que del año la beldad graciosa
 Ornan del crudo Enero el torvo ceño,
 Del Mayo alegre las divinas flores,
 Las ricas mieses del ardiente estío
 Y de olorosas frutas coronado
 El otoño feliz; las maravillas
 Cantar de Dios con labio balbuciente,
 En tierno gozo palpitando el pecho,
 Y sonando otra voz muy más canora
 Que de humilde pastor, mi dulce flauta.
 ¡Delicia celestial, ante quien bajo
 Es cuanto precia el cortesano iluso,
 De oro, de mando ó deleznable gloria!
 No allí á nublarse tan inocente gozo
 El pálido temor, no los cuidados
 Solícitos vintieran, ó la envidia,
 Sesga mirando, su críel ponzoña
 Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
 Todo fué gozo y paz, todo suave,
 Santa amistad y llena bienandanza.
 En plácida igualdad, muy más seguros
 Que los altos señores, nunca el día
 Nos rayó triste, ni la blanca luna
 Salió á bañar con su argentada lumbré
 Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
 Que en las ciudades y soberbias córtes
 La noche entera en míseros cuidados
 Los ciudadanos desvelados lloran.
 ¡Tanto bien acabó! Como deshace
 Del año la beldad crudo granizo,
 Que airada lanza tempestuosa nube,
 Y la dorada mies, del manso viento
 Antes movida en bulliciosas olas,
 Ya entre sus largos surcos desgranada,
 Del triste Labrador la vista ofende,
 Así el hado marchita mi ventura,
 Así á dar fin á mi apenada vida
 A tan lejanos términos me lleva,

¡Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
 A más nunca tornar, desaparecieron
 Los más serenos ya, y acaso á hundirse
 Los que me esperan de dolor, conmigo
 Corren infanastos en la tumba fría.
 Pasó cual sombra mi niñez amable,
 Y á par con ella sus alegres juegos.
 Relámpago fugaz en pos siguióla
 La ardiente juventud; danzas, amores,
 Cantares, risas, doloridas ansias,
 Dulces zozobras, veladores celos,
 Paces, conciertos agradables, todo
 Despareció también; y el sol me viera,
 Entre rosas abriendo á la galana
 Primavera las puertas celestiales,
 Seis lustros ya sus bienhechores rayos
 Mirar contento con serenos ojos.
 ¡Y ora habré de dejar estas riberas,
 Donde vivo feliz! ¡y estos otros,
 Este valle, este río, en libre planta,
 Cantando, veces tantas de mi hollados,
 No veré más! ¡y mis amigos fieles!
 ¡Y mis amigos! ¡oh dolor! Con ellos
 Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
 El trance incierto de mis breves días,
 Y que cerrasen mis nublados ojos
 Con oficiosa mano; ¿a qué otros bienes,
 Otras riquezas y cansados puestos?
 ¿A qué buscar en términos distantes
 La dicha que me guardan estas vegas
 Y estas praderas y enramadas sombras?
 Mi choza humilde á mi llaneza basta,
 Y este escaso ganado á mi deseo.
 Téngase allá la pálida codicia
 Su inútil oro, y la ambición sus honras;
 Que igual alumbró el sol al alto pino
 Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
 Mas ya partir es fuerza. Bosque hojoso,
 Floridos llanos, cristalino Tórmes,
 Quedad por siempre adios; dulces amigos,
 Adios quedad, adios; y tú indeleble
 Conserva, árbol pomposo, la memoria
 Que impresa dejó en tu robusto tronco,
 Y sus letras en lágrimas bañadas:
 «Aquí Batilo fué feliz, sus hados
 Le conducen del Ebro á la corriente;
 Pastores de este suelo afortunados,
 Nunca olvidéis vuestro zagal ausente.»
 Id, ovejillas, id; y tan dichosas
 Sed del gran río en los lejanos valles,
 Cual del plácido Tórmes lo habeis sido,
 Con vuestro humilde dueño, en las orillas;
 Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

ODAS.

ODA PRIMERA.

LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
 Iba yo en compañía
 De la zagala mía,
 Ocioso y distraído,
 Do suelta el alma de pasiones graves,
 Con mi fácil rabel seguir curaba
 Del viento el silbo, el trino de las aves,
 O el *bé* que á mis corderas escuchaba;
 Y en gozo rebosaba
 Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
 Cuanto en los campos de gracioso advierte (1);

(1) Así escribió MELENDEZ toda esta estrofa en un principio:

Por un florido prado
 Iba yo en compañía
 De la zagala mía
 Contento y descaído.
 El alma suelta de pasiones graves,
 Con mi dulce rabel seguir curaba,

Quando en faz placentera,
 Cuanto en bullir donosa,
 Vi á una doncella hermosa,
 Que nunca visto hubiera (1).
 «La Musa, dijo, soy de los amores;
 Nada, simple zagal, nada recelés;
 Y púes ves en suavísimos ardores
 Los hombres y aves, brutos y vergeles,
 No cantes ya, cual sueles,
 Esa rusticidad de la natura,
 Que bien mayor mi número te asegura.

«Dócil oye mis voces;
 Signe el comun ejemplo,
 Vén de Vénus al templo,
 Vén con plantas veloces;
 Que allí es paz todo y célicas delicias.
 Sobre el ara feliz tu blando seno,
 Cual rosa virginal que á las caricias
 Se abre alegre del céfiro sereno,
 De otros encantos lleno,
 La vivaz llama del placer aspire,
 Y de amor solo tu rabel suspire (2).

«Di en él de tu zagala
 La esplendente belleza,
 Su noble gentileza,
 Su enhiesto cuello y gala.
 La luz divina de sus ojos bellos,
 Su dulce hablar y angelical agrado
 Estro den á tu voz, y suenen ellos
 Y su nombre por todos celebrado.
 De rosas coronado,
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «En estos frescos valles
 El ánimo se encanta;
 Corra feliz tu planta
 Sus deliciosas calles;
 Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio.
 Ve allí nudas trincar sus ninfas bellas,
 Y allá en brazos de amor y del misterio
 Dulces gemir las tímidas doncellas (3).
 Sigue alegre sus buellas;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.

«Mira allí prevenidas
 Entre parras espesas
 Cien otiparas mesas,
 De amorcitos servidas,
 Do risueño el placer insta á sentarse.
 Al Teyo mira, que el festin ornando (4),
 Ya empieza con los brindis á turbarse,
 Y entre lindas rapazas retozando,
 Te está dulce cantando;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «Corre, joven dichoso;
 Que el anciano te llama,
 Y con su copa inflama
 Tu pecho aún desdeñoso.
 Allá otros niños bellos al Parnaso
 Suben, do á Cintio Vénus los entrega,
 Cual Tibulo, Villégas, Garcilaso,
 Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
 Ea, al coro te agrega;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,

Ya el trino de las aves,
 Ya el *bé* que á mis corderas escuchaba,
 Y así me deleitaba,
 Porque á un tierno muchacho le divierte
 Cualquier belleza que en el campo advierte.

(1) Variante de estos cuatro versos:

Vi que hacía mi ventura
 Una doncella, hermosa
 Cual purpurante rosa,
 Que nunca visto había.

(2) Esta estrofa fué añadida por el autor.

(3) Variante:

Do á alegre trisca incitan amorosas,
 En talle airoso, cándidas doncellas.

(4) Variante:

honrando en vez de ornando.

Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «Oye bullir sonantes
 Las melifluas abejas,
 Oye arrullar sus quejas
 Cien tórtolas amantes;
 Y allí bajo una yedra enmarañada
 Gemir dos venturosos amadores,
 La sien de mirto y rosa entrelazada,
 Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
 Aquí, que es todo ardores,
 Sigue tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.»

Dijo Erato amorosa;
 Y en una vega amena,
 De aves parleras llena,
 Dejónos misteriosa;
 Y yo y mi zagaleja nos entramos
 En una gruta retirada, umbria,
 Y quién más pudo arder allí probamos,
 Y ella mi amor, y el suyo yo vencia.
 Desde tan fausto día
 Sigo, siervo feliz, sigo á Cupido,
 Brazo con brazo á mi zagala asido.

ODA II.

LOS DIAS DE FÍLIS, AL ENTRAR LA PRIMAVERA.

Del céfiro en las alas conducida,
 Por la radiante esfera
 Baja, de rosas mil la sien ceñida,
 La alegre primavera (5);
 Y el mustio prado, que el helado invierno
 Cubrió de luto triste,
 Al vital soplo de su labio tierno,
 De hierba y flor se viste.
 Las aves en los árboles cantando,
 Su venida celebran;
 Brotan las fuentes, y su hervor doblando,
 Entre guijas se quiebran;

(5) Sabido es que MELENDEZ corrigió minuciosamente sus poesías cuando ya su imaginación había perdido la lozanía de la juventud. El cincel del filólogo destruyó muchas veces las bellezas del poeta. Nosotros hemos respetado las correcciones del autor, de las cuales se manifiesta muy pagado en el prólogo que escribió en Nîmes, el año de 1817. Pero no podemos dejar de advertir que no siempre sus enmiendas fueron afortunadas. Para convencerse de ello basta comparar las diferentes ediciones.

La presente oda es una de las más alteradas. Las estrofas 1.^a, 3.^a, 8.^a, 15.^a y 18.^a, por ejemplo, fueron al principio escritas, según vemos en un manuscrito auténtico, de esta manera:

En las alas del céfiro llevada
 Por la radiante esfera,
 Baja, de frescas flores coronada,
 La alegre primavera.

Las aves en los árboles cantando,
 Su venida celebran,
 Y el hielo, los arroyos desatando,
 Entre guijas se quiebran.

Las plantas á su vista reverdecen,
 Y los arroyos saltan
 Por los amenos valles que florecen,
 Y de aljófár se esmaltan.

¡Qué inocente rubor, si se alborozó,
 Y si ornándose apura
 Ufana el arte, y se contempla y goza
 Su angélica hermosura!

En vano el cielo tu beldad no cria;
 Y aunque el rostro colorea,
 El áspero desden verás un día
 Trocarse en mil ardores.

Todo esto es más lozano y espontáneo que lo que MELENDEZ prefirió al corregir el texto primitivo. Las fuentes que *doblan su hervor*, y los tallos que *ondeando mecen*, son meros ripios, en que se trasluce la afectación y la fatiga.

MELENDEZ no corrigió sus versos una sola vez, sino varias. Sirva de ejemplo la tercera de las estrofas citadas, que en la edición de Valladolid (1797) está escrita como sigue:

Las plantas á su vista reverdecen,
 Y los arroyos saltan;
 Sus largas vegas en verdura crecen
 Y en su aljófár se esmaltan.

Y por doquier un celestial aliento
De vida se derrama,
Que en dulce amor, en plácido contento
Al universo inflama.

Mas sale Fili en el glorioso día
Que años cumple graciosa (1);
Sale, y más rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animarse
Por su beldad divina,
Y de insólita pompa siente ornarse,
Humilde se le inclina;

Y del aroma y las delicias lleno
Que aspiró de las flores,
Hinchendo el viento de placer su seno,
La embalsama en olores.

Las plantas á su vista reverdecen,
Los arroyuelos saltan
Entre los tallos, que ondeando mecen
Y en su aljofar esmaltan.

Las dulces y parleras avecillas
Le dan en voz canora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Más trinos que á la aurora;

Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan, dejando los calientes nidos,
Otra nueva alborada.

«Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna;
Salve, virginal rosa y clavellina;
Salve, azucena tierna,

»Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece.

¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Y á tu hermosura ofrece!

»¡Qué gracia celestial en tu semblante!
¡Qué almibar en tu bocal!

De tus labios la rosa purpurante,
¡Qué de gozos provoca!

»Amor, riente amor desde tus ojos
Flecha su arpon ardiente,

Y mil fieles cautivos por despojos
Te ofrece reverente.

»¡Oh! ¡qué grato rubor si se alborozan!
¡Con qué embeleso apura

Su adorno al gusto, y al cristal se goza
Riente su hermosura!

»¡Para qué bello joven venturoso,
Alma Venus, preparas

La víctima sin par? ¡quién anheloso
La ofrecerá en tus aras?

»¡A quién, Dione hermosa, has acordado
Tal premio? ó ¡quién es digno

De ver tu pecho, de su ardor tocado,
Lucero peregrino?

»Que en vano el cielo tu beldad no cria,
Y aunque el rostro colorea,

Tu cuello á amor se doblará algún día,
Y ansiarás sus favores.»

Así las avecillas van cantando
Con bullicioso acento,

Y un viva Fili al Olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

ODA III.

EL SUFRIMIENTO HACE LOS MALES LLEVADEROS.

No porque congojoso
Al sordo cielo en tus angustias mires,
O abatido y lloroso
Sobre tu mal suspires,
Lucio, á templarlo querellando aspiras,
Que en orden inmutable
Los casos ruedan de la vida humana;
Y el hado inexorable
Ya tiene decidida
Tu fausto vuelo ó tu infeliz caída.
Cuanto en contrario obrares,

(1) En la edición de Valladolid: que años cumple dichosa.

Es cual si, opuesto á un rápido torrente,
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,
O herir los cielos con tu altiva frente.

Afanarás en vano,
Y el término infeliz de tu porfía
Será, con necia mano
Dar á la suerte impía

Más poder sobre ti que antes tenía,
Cual con la misma fuerza
Con que, en su rabia, al gladiador que osado
Le hirió, alcanzar se esfuerza,

De su estoque acerado
Cae el toro á sus pies atravesado.
Cede al ímpetu fiero,
Y calla y sufre cual sufrir conviene;

Que así un pecho severo,
O el nublado previene
Que horrisono sobre él tronando viene,
O con frente serena

Del rayo ve devastador las iras:
Tal de calma y luz llena,
Jamás, Febe, retiras
Tu faz del cielo que entoldado miras;

Sino que hermosa subes
Tu carro por el alto firmamento,
Dejando atrás las nubes.
Del más rudo tormento

Remedio es celestial el sufrimiento.

ODA IV.

AL AMOR, CONFESÁNDOSE VENCIDO.

¡Qué más quieres, amor? ya estoy rendido;
Ya el pecho indócil, de tu arpon llagado,
Humilde implora tu favor sagrado;
Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido

Con furor obstinado.
Mi diestra débil ya dejó, vencida,
Las inútiles armas por seguirte.

¡Oh! ¡qué demencia ha sido el resistirte!
Ya lo conozco, ya; desde hoy mi vida
Consagraré á servirte.
No habrá ni un pensamiento ni un deseo
Que tú no inspires en el pecho mio.

Como supremo rey de mi albedrío,
Tuya es su direccion, tuyo su empleo,
Tuyo su señorío;

Y el estro tuyo, y el trinar silabe
Que á mi labio feliz la musa inspira,
Mi dulce verso sólo amor suspira,
Cual tierno el corazón sólo amar sabe.

Y amor cantar mi lira.
Si colmar de una vez mis votos quieres,
Víbrame, amor, aun más ardientes flechas,
Y en tus cárceles gima más estrechas,
Al pie los grillos, grillos de placeres,
Que á tus más fieles echas.

Sólo á la ninfa de que te has valido
Para rendirme con su vista hermosa,
Haz que me alivie en la prision dichosa,
Haz me regale el corazón herido,

Mirándome graciosa (2).

ODA V.

Á DON SALVADOR DE MENA, EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura;
Sucede al bien el mal, al albo día
Sigue la noche oscura,
Y el llanto y la alegría.
En un vaso nos da la suerte impía.
Trunca el árbol sus flores
Para el otoño en frutos, ya temblando
Del cierzo los rigores,
Que aterido volando
Vendrá, tristeza y luto derramando.

(2) Variante: Mirándome amorosa.

A su antojo varia
La faz del universo en solo un día,
Y en mal el bien convierte.
Ella derroca el cedro más altivo,
Estremece al tirano,

Da la púrpura á un mísero villano,
Y hace á un rey su cautivo.
La negra ingratitud, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez, que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.

Evita, pues, un lamentable caso;
Súfrela inexorable;
Si la diestra te ofrece favorable,
Modera, cuerdo, el paso;

Y no á un dudoso piélago te entregues,
Marinero inexperto;
O infeliz llorarás, sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues (2).

Un tiempo yo la ví también contenta
Y con rostro sereno;
Engañóme cruel. Del daño ajeno,
Lícidas, escarmienta.

ODA VII.

DE LA VOZ DE FILIS.

Amable lira mía,
Canta, acorde mi llama deliciosa,
La dulce melodía,
La gracia sonora

De la ninfa más bella y desdenosa.
¡Ay! canta, si te es dado
Sus loores cantar como es debido,
El suspiro apenado

Que arrebató á mi oído,
Y en la gloria me tuvo embebecido.
O el brío y ligereza
Con que los albos dedos gobernaba,
Y la gentil destreza

Con que el clave tocaba,
Y con su amable voz lo acompañaba.
Su amable voz, que suena
Cual la de los pardillos más canoros;
Y el alma así enajena

Con sus trinos sonoros,
Cual suele amor en sus suaves coros,
Mudando blandamente
A su placer el ánimo encantado,
El ánimo que siente

Todo su ardor mezclado
Con el gemir ardiente, apasionado.
Sigue, empero, embebido
El mágico compás del són sabroso,
Mientras por el oído

Con ardid engañoso
El ciego rey le roba su reposo.
Y la herida sintiendo,
Y el volcan que la grata melodía
Va en el pecho prendiendo,

Oye aún con alegría
El suave hechizo que sus penas cria.
Oye el labio que suena
En feliz consonancia al instrumento;
Y estático en cadena

Detiene al pensamiento,
Dudoso entre la pena y el contento.
Pero ¡quién podrá tanto,
O cuál lira será la celebrada,
Que á seguirte en su canto

Llegue, lengua adorada,
Si el mismo Apolo no la da templada?
¡Quién podrá dignamente
Ese don ponderar, ¡oh voz sonora!
Que al alma blandamente

Rinde, embarga, enamora,
Y aun haciéndola esclava la mejora?
¡Oh voz! ¡oh voz graciosa!
¡Voz que todo me lleva enajenado!

(2) Estas cuatro últimas estrofas fueron añadidas por MELENDEZ.

Y desnuda y helada
Aun su cima los ojos desalienta,
La hoja en torno sembrada,
Cuando al invierno ahuyenta
Abril, y nuevas galas le presenta.

Se alza el sol con su pura
Llama á dar vida y fecundar el suelo;
Pero al punto la oscura
Tempestad cubre el cielo,
Y de su luz nos priva y su consuelo.

¡Qué día el más clemente
Resplandeció sin nube! ¡quién contarse
Feliz eternamente
Pudo? ¡quién angustiarse
En perenne dolor sin consolarse?

Todo se vuelve y muda;
Si hoy los bienes me roba, si tropieza
En mi la suerte cruda,
Las Musas su riqueza
Guardar saben en mísera pobreza.

Los bienes verdaderos,
Salud, fe, libertad, paz inocente,
Ni á puestos lisonjeros,
Ni del metal luciente
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.

Fuera yo un César, fuera
El opulento Cresos; ¡acaso iría
Mayor, si me midiera?
Mi ánimo sólo haría
La pequenez ó la grandeza mía.

De mi débil gemido
No, amigo, no serás importunado;
Pues hoy yace abatido
Lo que ayer fué encumbrado,
Y á alzarse torna, para ser hollado.

Vuela el astro del día
Con la noche á otros climas, mas la aurora
Nos vuelve su alegría;
Y fortuna en un hora
Corre á entronar al que abismado llora.

Si hoy me es el hado esquivo,
Mañana favorable podrá serme;
Y pues que áun feliz vivo
En tu pecho, ofenderme
No podrá, ni á sus pies rendido verme (1).

ODA VI.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¡Ves, oh dichoso Lícidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Y el sol sublime en la celeste cumbre
Animar todo el suelo?

¡La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado,
Bullir lascivo el céfiro, el ganado
Ir paciendo gozoso?

¡Cómo los altos árboles se mecen,
Y entre el blando sonido,
Los coros de las aves, que el oído
Y el ánimo adormecen?

¡Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?

¡Ay! tiembla, tiembla que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revnuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora;

Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Pare al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.

Así ominosa la inconstante suerte

(1) Variante de esta última estrofa:

Si me es esquivo el hado,
Mañana favorable podrá serme;
Y pues no me ha robado
Tu pecho, ni ofenderme
Pudo, ni lograré rendido verme,

¡Oh garganta armoniosa,
Pecho tierno y nevado,
De do tono tan blando ha resonado!
Tú solamente puedes
Tu dulzura cantar como es debido,
Que a las Gracias excedes
Feliz, y a quien ha sido
Tan claro dón del cielo concedido.
Y pues tú solamente
Puedes bien celebrarte, ¡ay voz sonora!
Suenen de gente en gente
Tus trinos, mi señora,
Y cesen ya las salvas á la aurora.
Ni los sueltos pardillos
Que van la aura purísima surcando,
Abrañ más sus piquillos
Mientras estás cantando,
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

ODA VIII.

Á LISI: QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR

La primavera derramando flores,
El céfiro bullendo licencioso,
Y el trino de las aves sonoro
Nos brindan á dulcísimos amores
En lazo delicioso.
Viene el verano, y la insufrible llama
Agosta de su aliento congojado
Arboles, plantas, flores, hierba y prado:
Todo cede á su ardor; sólo quien ama
Lo arrostra sin cuidado.
El amarillo otoño asoma luego,
De frutas, yedra y pámpanos ceñido;
La luz febea, su vigor perdido,
Se encoge, mientras amor dobla su fuego
Blando y apetecido.
Y en el ceñido invierno, cuando atruena
Más ronco el aquilón tempestuoso,
Entre lluvias y nieves, en reposo
Canta su ardor, y rie en su cadena
El amador dichoso.
Que así plácido amor sabe del año
Las estaciones, si gozarlos quieres,
Colmar, Lisi, de encantos y placeres,
¡Ay! cógelos, simplilla; ve tu engaño,
Y á la vejez no esperes.

ODA IX.

Á LA FORTUNA.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,
De hórridas olas agitada siempre,
Nunca sumida;
Tú, que de espigas y dolor eterno
Pérfida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega
Sueño liviano;
Aunque, sañosa, de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Fervido imploro, por huir tu odioso
Bárbaro juego;
Aunque el asilo de mi hogar me robes,
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,
Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona, se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna
Rica natura;
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio el cáliz apurado lleve
Con que á la envidia la calumnia unida
Me infama alevé;
Nunca rendido mi inocente pecho,
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas
Gima cobardes.
Como afirmado en su robusto tronco,

Añoso roble en elevada sierra,
Inmóvil burla del alado viento
La hórrida guerra.
El justo, firme en su opinion, seguro
De su conciencia, reirá á la suerte.
Miedo, amenaza inútiles asaltan
Su ánimo fuerte.
Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebulosa y sueño
Yace profundo;
Ponme do Febo su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo,
Do sirio ardiente la arenosa tierra
Cubre de duelo.
Siempre tranquilo, moderado siempre,
Con igual frente me verás, ¡oh cruda!
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

ODA X.

AL SEÑOR DON GASPARD DE JOVELLANOS, OIDOR DE
LA REAL AUDIENCIA DE SEVILLA, Y NOMBRADO
ALCALDE DE CÓRTE (1).

Mis ruegos encendidos
Bendijo el santo cielo,
Que ya en alzar tu mérito tardaba,
Y benignos oídos
Dió al incesante anhelo
Con que la amistad santa le imploraba.
La España se quejaba
De ver ¡oh gran Jovino!
Que sólo el Beti undoso
Gozase tan precioso
Tesoro, y conmovida con benigno
Cielo, así iba rogando,
Las manos, congojosa, en alto alzando:
«¡Cuándo será que pueda
Tu nombre esclarecido
Gloria dar á Madrid y sus doseles,
Y en la sublime rueda
Te vea yo ingerido,
Aunque más tú por no subirla anheles?
Fortuna, si es que sueles
A la virtud, tan rara
Ya en el linaje humano,
Prestar tal vez la mano,
De tus más ricos dones me prepara,
Porque hoy el mundo vea
Premiado el hijo de la santa Astrea,
»Y la Sabiduría,
Con el crinado Febo,
Lleven también la gloria que ganaron;
Darles quiero un buen día,
Pues tanto en sí les debo,
Que ellos tu docto pecho alimentaron,
Mi amado, y le colmaron
Del celestial tesoro
De tu divina lumbre,
Sobre humana costumbre.»
Así clamaba España en tierno lloro;
Su ruego fué admitido,
Y tú á Madrid, señor, restituido.
Y las ninfas hermosas
Que moran las corrientes
Del real Manzanares, conmovidas,
Sus alcobas umbrosas
Dejan, y alegres fuentes,
De perlas, nácar y coral ceñidas,
Apénas son oídas
Nuevas tan descadas;
El viejo Manzanares
Ofrece en sus altares
A Neptuno mil víctimas sagradas,
Esperando que un día
Tu voz suspenda su corriente fria.
Mientras por otro lado

(1) Inédita. Copiada del original enviado por MELENDEZ al señor Jovellanos. (Nota de don Martín F. de Navarrete.)

ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSÉ CADALSO, DE LA DULZURA
DE SUS VERSOS SÁTIICOS.

Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena
Tu delicada lira,
El río, por oírte, el curso enfrena,
Y el mar templa su ira.
Alzan las ninfas su nevada frente,
Coronada de flores,
Suelta Neptuno el húmido tridente,
Absorto en tus amores.
Del céfiro en los brazos calma el vuelo
El ábrego irritado,
Y el verdor torna al agostado suelo
Tu acento regalado (1).
Desde el Olimpo baja Citerea,
Tanto con él se agrada,
Y en sus canoros trinos se recrea,
De Mavorte olvidada.
Siguen tus blandos ayes arrullando
Sus cándidas palomas,
Sus Cupidos contino derramando
Sobre tí mil aromas,
Y otros tan fino amar tiernos oyendo,
Una guirnalda bella
De mirto y rosas y laurel tejiendo,
Ornan su sien con ella (2).
Las vagarosas parlerillas aves,
Que ven la cipria diosa,
Aclaman con mil cánticos suaves
Su llegada dichosa,
Y en dulcísimos tonos no aprendidos
Le dan la bienvenida;
Mas de tu lira oyendo los sonidos,
Calla su voz vencida;
O Filomena sólo, que enardece
Tan celestial encanto,
En blandos píos remedar parece
Las gracias de tu canto (3);
Mientras que de Dione los loores
Renovando divinos,
La imploras favorable en tus amores
Con mil sáfticos himnos,
Que muy más dulces que la miel más pura,
Que el aroma agradables,
Sólo respiran plácida blandura,
Sólo afectos amables,
Delicias sólo, y embeleso y gloria,
Y paz y eterna calma,
Bien que de Fili la llorosa historia
Renuevan en el alma,
Y aquel brillar cual fósforo esplendente,
Que rauda cruza el cielo,
Para hundirse en el lóbrego Occidente,
Dejando en luto el suelo (4).
Todo oyéndote calla; tu voz suena,
Y el concerto armonioso
Puebla el aire y el ánimo enajena
En éxtasi amoroso.
No cese, pues, poeta soberano,
Són tan claro y subido;
Goza el sublime dón, que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.
Gózale; y en mi oreja siempre suene
Tu derretido acento (5),
Que de ternura celestial me llene,
Y de inmortal contento.

(1) Esta estrofa fué escrita en un principio así:

Los horribles vientos se adormecen,
Bulle el céfiro blando,
Y los marchitos prados reverdecen
Mientras tú vas cantando.

(2) Estrofa añadida.

(3) Estrofa añadida.

(4) Esta estrofa y las dos anteriores fueron añadidas.

(5) En un principio escribió MELENDEZ:

Tu apasionado acento.

Bétis el caudaloso,
Escondido en sus lóbregas alcobas,
En su urna reclinado,
Dolorido y lloroso
El cerco rompe de sus verdes ovas,
Pues tú, Henares, le robas
Del malhadado suelo
Su blason más subido,
Y acuérdate affligido
El tiempo alegre, en que benigno el cielo
Le pasó de tu orilla
A darle leyes en la gran Sevilla.
Mas la sonora fama,
El rauda vuelo alzando
Por la región diáfana del viento,
La nueva alegre aclama,
Tu nombre dilatando
Con clara voz y regalado acento,
Y con sus lenguas ciento
Cantando, así empezará
Con dulce melodía:
«Ya vino aquel gran día
Que tanto al suelo hispano descára
Mi amor, y unidos veo
Apolo y Témis en tan alto empleo.
»Eterna primavera
Vuelve en él, y el dorado
Siglo lleno de bienes celestiales.
Tú ¡oh miserable! espera,
Que ya eres amparado,
Y á cesar van ¡oh huérfano! tus males.
Llegad á sus umbrales,
Llegad, ¡oh desvalidos!
Veréis el tierno pecho,
De blanda cera hecho,
Romper á vuestra vista en mil gemidos;
Mas vosotros, malvados,
Huid sus ojos celosos y enojados.
»La paz y la justicia
Con la equidad sagrada
Jamás fueron en lazo tan estrecho
Juntas; ya la malicia
Su reino desampara,
Y vuelve á la ignorancia su derecho;
El cielo satisfecho
Con venturoso hado
Bendice tus acciones,
Colmando de sus dones
La tierra miserable, y mal su grado,
Pues á alzarse empezará,
Asiento muy más alto te prepara.
»Los dioses inmortales
Luégo de sus tesoros
Te colman otra vez con larga mano;
Apolo celestiales
Palabras y sonoras
Númenes, y Minerva un sobrehumano
Candor te da, y el cano
Dón de recto consejo
Y discreta prudencia,
Poder Jove y clemencia,
Mercurio habilidad en el manejo,
Y á su rueda impottuna
Benigna pone un clavos la Fortuna.»
Esta vision gloriosa
A mis ojos gozosos
En un sueño mostró la Amistad santa;
Las aves su armoniosa
Voz soltaron, vistosos
Coros formando con alegre planta
Las ninfas, y entre tanta
Maravilla, en el cielo
Corrió un fulgor divino,
El agüero aprobando;
Yo desperté, y alzando
Las manos, dije entonces: «¡Oh gran Jovino!
Mírete yo algún día
Regir la vasta hispana monarquía.»